

La mañana de los rehenes cansados y los ocupantes vencidos

«Los que peor lo pasaron fueron los fumadores.» Enrique Sánchez de León, ex ministro de Sanidad, diputado por Badajoz de Ucd y hasta hace unos días expulsado del partido, tiene la barba poblada. La intensidad en las vivencias —dicen— hace crecer la barba más que tiempo real transcurrido.

En la primera fila del tendido de la carrera de San Jerónimo, mientras un corresponsal de la televisión francesa decía: «Voilà, le Roi d'Espagne a sauvé la démocratie», los señores diputados reciben los primeros abrazos y los primeros vítores sin face a las doce y un minuto. El encierro había durado, en total, veinte horas; la tensión un poco menos, casi dieciocho.

Los restos del festín

La mañana, fría y luminosa, tenía buenos presagios. Había que llegar hasta la primera fila y no era fácil. La verdad es que con el brazalete rojo del Ministerio del Interior (prensa), la Policía Nacional no puso especiales dificultades. Una mirada discreta era suficiente para bordear por dentro el círculo policial en torno a la plaza de Neptuno. A las puertas del Palace, un grupo de esposas de diputados se consuela como puede. «¿Crees que acabará bien?», pregunta una mujer pequeña, de pelo rizado, que después identifico como esposa de un diputado socialista. «Eso está hecho», respondo entre convencido y desearo de que así sea.

Con el pretexto de una condición policial que algunos quieren adivinar y que yo no trato de desmentir, llevo hasta la primera fila. He dejado atrás unos pequeños grupos que gritan libertad, «Constitución», que, en algunos momentos se enfrentan a puñetazos con otros que piden «Tejero, mátalos». Es un espectáculo bochornoso bajo el sol acariciador. Los pies, en cambio, sufren los efectos de una temperatura que roza los cero grados.

En la primera fila hay algunas dificultades. No se trata sólo del cordón de la Guardia Civil —mucho más enérgica que la Policía Nacional—, sino, incluso, de las canastas de plástico llenas de botellas de cerveza vacías. En un momento dado, un número de la Guardia Civil me pone la metrallita al pecho: he dado una patada a una cafetera —tal vez tetera— metálica que está en el suelo junto con otros adminículos de servicio urgente. Pero no me asusta demasiado el contacto con el cañón. La tarde anterior fue mucho más emocionante, cuando el teniente jovenito —ayudante del salvador, como se le llamaba a Tejero desde el suelo del Congreso— dijo muy serio que mientras no se le descestrajara la cabeza a alguno de los traidores que estaban en el hemicycle no iban a aprender.

A las once de la mañana, con un sol radiante, la carrera de San Jerónimo presentaba el aspecto de un escenario con restos del festín. Un festín doloroso, amargo, con una gran resaca moral al fondo. Han comenzado a llegar los autocares de la Guardia Civil, algunos «jeeps» y algún minicar de empresas privadas. En uno de estos últimos, que contamina horriblemente cuando calienta motores, los números de la Guardia Civil que han sido relevados de mañana dormitan como si con ellos no fuera el espectáculo. Veo en el centro del círculo, campando sin obstáculos, al gobernador civil, Mariano Nicolás, con ojos de cansancio; el coronel Estrada, con su Policía Municipal —él de paisano, como siempre—, y el concejal de Ucd Antonio Vázquez, parecen más descansados. Es la espera última que todavía se prolongará una hora más.

Los últimos esfuerzos

A las once y media hay una docena de autocares que se van colo-

cando frente a la fachada del Congreso de los Diputados. Las ocho diputadas que han salido una hora antes no acaban de marcharse. Quieren esperar la salida —está cantada— de sus compañeros de escaño. Carmen García Bloise, que lleva en la billetera unos cuantos miles de pesetas, no encuentra, en cambio, su acreditación y se pone nerviosa. La Policía Nacional ha hecho cordón entre la prensa y la Guardia Civil, sin que ésta se retire. Pero manda la Policía y dejan que Carmen entre en el círculo abierto y suba por la carrera de San Jerónimo arriba. La Policía se muestra correcta, pero inflexible. De vez en cuando nos empujan con la culata de sus armas, pero lo hacen con amabilidad. «No podemos decir nada», responde un agente que parece dotado de mayor autoridad. Las emisoras de radio están dando las condiciones que, al parecer, ha puesto el teniente coronel Tejero para entregarse y rendir la «plaza» del Congreso: él asume toda la responsabilidad, se entregará en el palacio de El Pardo (sic) —después rectifican y dicen «en el cuartelamiento de El Pardo»— y no quiere que esté ningún fotógrafo en el momento de su salida del palacio.

El fiscal general del Reino dice que está todo convenido, que conoce al detalle las condiciones (ya aceptadas), pero que no puede decir cuáles son. Son las once cuarenta cuando Gil Albert tranquiliza con estas palabras a la multitud. Miles de personas están a la espera. Está todo resuelto. Primero (según el fiscal) saldrán las fuerzas de ocupación y después los «rehenes». Los generales Armada, Aramburu Topete y Sáenz de Santamaría dirigen las últimas operaciones. Van llegando los coches oficiales, entre ellos el del presidente del Congreso, Landelino Lavilla. Un cartero, con su carga en bandolera, pretende subir por la calle del Prado arriba, pero se lo impide la Policía. «Llevo una carta urgente», dice. Es inútil. Y se queja: «Pues vaya manera de dejarle cumplir a uno con su deber.» A las once cuarenta y tres corre el rumor de que ha salido el todavía presidente en funciones, Adolfo Suárez; pero no es cierto. Los motoristas de escolta penetran en el patio, entre los dos

edificios del Congreso. A las once cincuenta, el general Sáenz de Santamaría sale, una vez más, del edificio del Parlamento. Es el punto final en la negociación. Le acompaña un nutrido grupo de policías de escolta. «Estamos en los minutos de descuento», dice, como si se tratara de un «match» de fútbol. De pronto, a través de la Ser, se escucha la voz de un oficial (la autoridad en el mando lo delata) que, dentro del hemicycle, ordena: «Salgan uno a uno.» Y también la firme voz de Landelino Lavilla que, fiel al reglamento, anuncia: «La mesa ordena la salida. Tengan la bondad de ir saliendo las primeras filas de diputados. Tranquilidad, tranquilidad. Permanezcan en su sitio. Es igual.» Unos segundos después, el presidente del Congreso, siempre en su papel, convoca de nuevo a los diputados: «Se reúnen mañana las Cortes y el pleno es a las cuatro de la tarde.»

La apoteosis

Está claro que van a salir antes los diputados que los ocupantes. Ha sido, al parecer, una de las contra-condiciones que han puesto los generales que han negociado con Tejero. Y salen, en efecto, a las doce y un minuto. Al primero que veo es al socialista vasco Solchaga, con otro a quien no identifico. Suenan los primeros aplausos y se escuchan de nuevo los gritos de «Libertad» y «Constitución». Los aplausos van a más, aunque no son cerrados. Hay emoción. Y ya se sabe que la emoción es enemiga de la unanimidad. Empiezan a aparecer las caras más populares. La señora pequeña, de pelo rizado, que pretendía abrazar a su marido, lo hace y baila con él en un abrazo largo y falto de equilibrio en medio del círculo vacío, que ahora comienza a poblarse de diputados. Carlos Sentís, Enrique Múgica, Sánchez Terán, Rafael Calvo Ortega, que llora a lágrima viva... Aparece Enrique Tierno Galván, el del falso infarto; parece nuevo. Los aplausos se intensifican al verle. Tiene el coche allí mismo y se le abre paso fácilmente. Después viene Antonio Giménez Blanco, el presidente del Consejo de Estado, que penetró la tarde anterior en el Congreso cuando ya estaba ocupa-



do por los asaltantes. Me da la mano emocionado. Le pregunto por los líderes que fueron llevados a una habitación: los Suárez, Felipe González, Carrillo y demás. «Han vuelto al hemicycle y salen ahora mismo.» Lo hace Abril Martorell, muy entero y fumando con la avidez de siempre. «Era el único que tenía «transistor», dice un diputado; «gracias a él pudimos escuchar el mensaje del Rey.»

Veo a Enrique Sánchez de León, y lo llamé a voces. Me ve. Le hago señas de que se acerque y me dice, con la mano, que espere. Su preocupación está en otro lugar. Busca a Santa, su mujer. Tampoco yo la he visto. Le digo que seguramente estará en casa. Por fin nos dan permiso para bajar al aparcamiento, donde tengo el coche desde la tarde anterior.

Antes, forzando un poco la ya menos densa línea del cordón de la Policía, acierto a vislumbrar —no

me atrevo a decir que lo veo— la salida de los «ocupantes». Van entrando en los autocares dispuestos frente a la fachada. Según me dicen —imposible verlo—, el teniente coronel Tejero, al que se ha unido, y con quien se ha solidarizado, el capitán de navío Camilo Menéndez (el del «ataché», todo serio él, con un corte de pelo casi franciscano), va dando la mano uno a uno a los guardias civiles que han estado bajo sus órdenes —muchos sin saber lo que estaban haciendo; eso es cierto, yo mismo pude comprobarlo mientras duró mi «encierro»— durante las dieciocho horas de la ocupación. Algunos lloran y son consolados, con un golpe en la espalda o la mejilla, por los propios policías que los reciben.

El teniente coronel Tejero es conducido en un 1500 negro del Parque de la Guardia Civil. Ha terminado, por ahora, la larga noche de las pistolas y las metralletas apuntando contra la democracia. El mundo entero comparte nuestro bochorno.

Las Fuerzas nos abren paso por Neptuno y el paseo del Prado. Tranquilamente conduzco a Enrique Sánchez de León hasta su casa, casi al lado del Bernabéu. Tiene hambre y sueño. «Algunos han dado cabezadas; otros, ni eso. Hemos pasado hambre. Nos han dado agua y algunos paquetitos de azúcar. Por la mañana he podido beber un vaso de leche.»

Me invita a subir a su casa, pero declino la invitación. Ya sé que me pierdo una escena emotiva, pero qué más da. Conviene mantener la cabeza fría para meditar un poco. La agencia alemana de noticias —me llama Antonio Pelayo desde Berlín y me da, de paso, la noticia de la concesión del Oso de Oro a la película de Carlos Saura— acaba de decir que habrá en España un Gobierno de coalición. «Deprisa, deprisa...» es el título de la película de Saura. Deprisa, deprisa... parece ser la consigna para el futuro. «Voilà, le Roi a sauvé...» Deprisa, deprisa urge cerrar la herida y recomponer la túnica de la vida nacional. Deprisa... Pero el sol aconseja rumiar las cosas más despacio. Es el cansancio, no el sol. Estamos cansados, abochornados, rotos. Y ahora hay que escribir. Hoy —mañana cuando escribo— habrá que volver al Congreso. Hay, de nuevo, investidura.

Luis BLANCO VII A



Agotados por la larga y fría noche, los periodistas ceden a la tentación del sueño. El hacinamiento hace que la temperatura, bajísima, de la capital de España cale menos profundamente en sus huesos. Avanzada la mañana, el espectáculo de algunos de los ocupantes del Congreso saltando por una de las ventanas del primer piso (foto superior) para entregarse fue el indicio más claro de que la situación comenzaba a decantarse favorablemente para la democracia. (Fotos de Efe y Europa Press.)